

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Eucaristía y vida - 4 Liturgia inicial: El Gloria

El gloria es el canto de gratitud de la Iglesia deslumbrada ante la bondad de Dios que nos pone en condiciones de dejarnos conducir por Dios a todos los momentos siguientes de la Eucaristía.

Destaco tres momentos del Gloria:

1. Te damos gracias. Agradecer los dones concretos que Dios nos hizo, como manifestación de su bondad y misericordia, de su gloria. Recordemos los regalos que Dios nos ha concedido: nuestra vida, lo que somos, nuestra y familia, etc.

Tenemos que vivir en actitud de gratitud renovada: descubrir los regalos de Dios para agradecerlos. También aquí la oración de la noche es el momento de recoger todo el día y dar gracias. Si yo no he preparado mi gloria del domingo, con los pequeños glorias de cada noche, ese gloria dominical es hueco, es algo que no me toca personalmente.

Y mi gratitud frente al cónyuge: ¿Cuántas veces y en qué forma yo le digo gracias? ¿Nos hemos acostumbrado a lo bueno del otro? ¡Revisemos todas las cosas por la cuales no decimos gracias!

Y nuestra gratitud para con los hijos. Hemos de cultivar también el agradecimiento por ellos que son la alegría y la riqueza de nuestra vida.

2. Te alabamos. Una expresión de gratitud, pero el acento no está en agradecer por lo que Dios nos ha dado, sino en agradecer porque Dios es así. Es la alegría por el Dios de la misericordia. Esta es la oración de alabanza, que es una oración más íntima y más gratuita. Hay aquí un crecimiento en el amor.

¿Y en nuestra vida cotidiana? Alabar al cónyuge por lo que es y significa para mí. Pasar de las cosas buenas que hace, a la persona. Alabarle sus condiciones físicas y espirituales. ¡Qué importante es eso! Si no se alaban el uno al otro durante la semana, no van a tener el sentido de la alabanza y no van a poder decir de verdad el “te alabamos, Señor”. ¿Qué cosas se decían de novios y ahora ya no las dicen? Es importante recordar y decir siempre de nuevo: Te agradezco por lo que eres, me gusta como eres, gracias por seguir siendo así.

Y lo mismo vale para con los hijos. Alabarlos por lo que son y significan para nosotros: su alegría, su transparencia, su amor sencillo, su originalidad, su crecimiento permanente.

3. Te adoramos. Hay un momento en que la gratitud ya no puede expresarse con palabras. Las palabras callan y hay que postrarse para adorar. De agradecer los dones se pasa a alabar las personas, luego enmudece la lengua y la gratitud se expresa con la donación de uno mismo. Eso es la adoración. Adorar es agradecer no con palabras, sino postrarse y entregar como signo de gratitud nuestro corazón.

Creo que nosotros no podemos cantar el gloria a fondo si no somos agradecidos, si no sabemos alabar y adorar. Aquí está la importancia de nuestra adoración periódica. ¿Cómo estamos en eso? La adoración es decisiva para nuestra interioridad; es el alma de nuestro apostolado; nos hace reposar en Dios.

Y la adoración para el cónyuge. De repente me doy cuenta de que lo que el otro ha hecho, lo que significa para mí, no se lo puedo pagar con palabras. Me tengo que dar yo como regalo de gratitud. Ya no basta la gratitud o la alabanza, tengo que entregarme yo mismo. Y entonces viene la caricia, el abrazo, la entrega conyugal. U otras formas de adoración al otro, más simples pero no menos hermosas. Por ej. para los maridos tiene mucha importancia que la esposa esté, cuando ellos llegan en la tarde. ¿Por qué? Porque es signo de eso: yo estoy para ti.

Y qué alegría para la señora cuando un día el marido fanático del fútbol o de la pesca, se queda en la casa, para acompañarla y regalarle el estar con ella. Son formas de adorar a Dios presente en el corazón del otro.

Y lo mismo pasa con los hijos. Adorarlos con nuestra entrega paternal y maternal, regalarles lo mejor de nosotros: nuestro tiempo, nuestra dedicación, nuestro cariño y afecto.